



A Luis Ganderax.

III

## LUCIFER

*E si compiacque tanto Spinello di farlo orribile e contrafatto, che si dice (tanto può alcuna fiata l'immaginazione) che la detta figura da lui dipinta gli apparve in sogno, domandandolo dove egli l'avesse veduta si bruta...  
(Vite de' più eccellenti pittori, da M. Giorgio Vassari.— Vita di Spinello.)*

El Tafi, pintor y mosaísta florentino, tenía gran miedo á los diablos, singularmente á esas horas de la noche en que es permitido á las potestades del mal imperar en las tinieblas. Y los temores del Tafi no eran infundados, pues los demonios tenían entonces motivos para odiar á los pintores, que les arrancaban más almas con un solo cuadro que cualquier buen frailecito en treinta sermones. En efecto; para inspirar á los fieles un temor saludable, el fraile les describía lo mejor posible el día de la cólera, que ha de reducir á polvo los siglos, según los testimonios de David y de la Sibila. Y para imitar la trompeta del ángel, ahue-

caba la voz y soplaba en sus manos, formando bocina para imitar la trompeta del ángel. Pero todo esto se lo llevaba el viento. Mientras que una pintura colgada en el muro de cualquier capilla ó claustro representando á Jesucristo sentado para juzgar á los vivos y á los muertos, hablaba sin cesar á la vista de los pecadores y corregía por los ojos á los que habían pecado por los ojos ó de otra manera. Era el tiempo en que algunos hábiles maestros representaban en la Santa-Croce de Florencia y en el Camposanto de Pisa los misterios de la justicia divina. Estas obras estaban trazadas, según el relato en rima que Dante Alighieri, hombre sapientísimo en Teología y Derecho canónico, hizo de su viaje al Infierno, al Purgatorio y al Paraíso, donde por los méritos extraordinarios de su dama pudo penetrar en vida. Todo, pues, en estas pinturas era instructivo y verdadero, y puede afirmarse que se obtiene menos provecho leyendo una extensa crónica, que contemplando tales cuadros. Y los maestros florentinos se complacían en pintar á la sombra de los bosques de naranjos, sobre la hierba esmaltada de flores, damas y caballeros á quienes la muerte acechaba con su guadaña, mientras que ellos platicaban de amor al son de laúdes y violas. Nada era tan adecuado para convertir á estos pecadores carnales, que bebían el olvido de de Dios en los labios de las mujeres. Para escar-

miento de avaros, el pintor representaba al natural á los demonios, derramando oro derretido en la boca del obispo ó de la abadesa que le había encargado algún trabajo y pagádoselo mal. Por esto los demonios eran entonces enemigos de los pintores, y especialmente de los pintores florentinos, que superaban á los demás por la sutileza del espíritu. Recriminábanles, sobre todo, que los representasen en forma horrorosa, con cabezas de pájaro ó pez, cuerpos de serpiente y alas de murciélago. Su rencor quedará manifiesto en la historia de Spinello.

Spinello Spinelli, de Arezzo, procedía de una noble familia de florentinos desterrados. La gentileza de su ingenio igualaba á la de su nacimiento, pues fué el más hábil pintor de su tiempo. En Florencia ejecutó grandes trabajos. Los pisanos, á la muerte de Giotto, le suplicaron que ornamentase los muros de aquel santo claustro en que los muertos reposaban bajo rosas florecidas en tierra transportada de Jerusalén. Pues bien; habiendo trabajado mucho tiempo por las ciudades y ganado bastante dinero, quiso tornar á ver la buena ciudad de Arezzo, su madre. Los aretinos no habían olvidado que Spinello, inscrito durante su juventud en la cofradía de Santa María de la Misericordia, había visitado á los enfermos y enterrado á los muertos mientras duró la peste de 1383. También le estaban agradecidos de haber difun-

dido con sus obras la gloria de Arezzo en toda Toscana. Por esta razón le recibieron con grandes honores. Pletórico de fuerzas en su edad madura, se encargó de ejecutar grandes trabajos para la ciudad. Su mujer le decía:

—Eres rico. Descansa, y deja que los jóvenes trabajen en tu lugar. El reposar es prudente cuando declinan los años. Conviene rematar la vida en una calma dulce y piadosa. Es tentar á Dios erigir sin tregua obras profanas como nuevas Babeles. Spinello, si te obstinas en tus ingredientes y colores, perderás la paz del espíritu.

Así habló esta buena mujer. Pero no la escuchó. El sólo pensaba en acrecentar sus bienes y su renombre. Lejos de tomar reposo, ajustó con los mayordomos de Sant'Agnolo una historia de San Miguel, que debía cubrir el coro de la iglesia y contener un sinnúmero de personajes. Con maravilloso ardor se lanzó en esta empresa. Releyendo los pasajes de la Escritura en que debía de inspirarse, estudiaba profundamente cada línea y cada palabra. No satisfecho con dibujar todo el día en su estudio, trabajaba también en el lecho y en la mesa. Y por la tarde, mientras paseaba al pie de la colina donde está erigida Arezzo, orgullosa de sus murallas y de sus torres, seguía meditando. Y puede afirmarse que la historia entera del Arcángel estaba pintada en su

cerebro cuando empezó á esbozar los motivos principales, al lápiz rojo, sobre el revoco de la pared. Poco tiempo necesitó para trazar los contornos; luego se puso á pintar sobre el altar mayor la escena que había de ofrecer más esplendor que las otras. Pues era necesario glorificar en ella al jefe de las milicias celestiales por la victoria que obtuvo antes del comienzo de los tiempos. Spinello representó, pues, á San Miguel combatiendo en los aires á la serpiente de siete cabezas y diez cuernos, y tuvo el capricho de pintar en la parte inferior del cuadro al príncipe de los demonios, Lucifer, con la apariencia de un monstruo espantoso. Las figuras brotaban espontáneamente bajo su mano. Y llegó más allá de lo que esperaba: el rostro de Lucifer era tan horrible, que nadie podía sustraerse á la fuerza de su fealdad. Este rostro persiguió al pintor por la calle y le acompañó hasta su casa.

Llegada la noche, Spinello se acostó en su lecho, al lado de su esposa, y durmió. Durante el sueño vió á un ángel tan hermoso como San Miguel, pero negro. Este ángel le dijo:

—Spinello, soy Lucifer. ¿Dónde me has visto para pintarme como lo has hecho, con aspecto tan ignominioso?

El viejo pintor le respondió temblando que nunca le había visto con sus propios ojos, no habiendo ido vivo al infierno como Dante Alighieri;

pero que al representarle cual lo hizo quería significar con rasgos sensibles la fealdad del pecado.

Lucifer se encogió de hombros, y hubiérase dicho que la colina entera de San Geminiano se conmovió súbitamente.

—Spinello—dijo—; ¿quieres hacerme el obsequio de discutir un poco conmigo? Yo soy bastante buen lógico, y Aquel á quien rezas lo sabe perfectamente.

No obteniendo contestación, Lucifer prosiguió en estos términos:

—Spinello; has leído los libros que me dan á conocer. Sabes mi aventura y cómo salí del cielo para convertirme en el príncipe del mundo. Ilustre empresa, que sería única si los gigantes no hubiesen atacado de igual suerte á Júpiter, como has tenido ocasión de ver, Spinello, en una tumba antigua, donde esa guerra está esculpida en mármol.

—Es cierto—dijo Spinello—; he visto esa tumba en forma de cubo en Santa Reparata de Florencia. Es un hermoso trabajo de los romanos.

—Y, sin embargo—replicó Lucifer sonriendo—, los gigantes no están representados en esa obra al modo de ranas ni camaleones.

—Tampoco—dijo el pintor—habían atacado al verdadero Dios, sino á un ídolo de los paganos. Esto es muy de tenerse en cuenta. El hecho cierto, Lucifer, es que habéis tremolado el estandar-

te de la rebeldía contra el Rey verdadero de cielo y tierra.

—No lo niego—respondió Lucifer—. ¿De cuántas clases de pecados me cargas por ese delito?

—Se os puede cargar muy bien con siete—respondió el pintor—y todos capitales.

—¡Siete!—dijo el Angel de las Tinieblas—. El número es teológico. Todo va por siete en mi historia, que está estrechamente relacionada con la del Otro. Spinello, tú me tienes por orgulloso, colérico y envidioso. Yo consiento en serlo, á condición de que reconozcas que sólo la gloria me causa envidia. ¿Me tienes por avaro? También lo tolero. La avaricia es una virtud en los príncipes. Cuanto á la gula y á la lujuria, si de ellas me tachas, no por eso me ofenderé. Queda la pereza.

Al pronunciar esta palabra, Lucifer cruzó los brazos sobre su coraza, y sacudiendo la cabeza sombría, agitó su cabellera inflamada.

—Spinello, ¿crees sinceramente que soy perezoso? ¿Me crees muelle, Spinello? ¿Juzgas que en mi rebelión me faltó valor? No. Era, pues, justo que me pintases con los rasgos de un audaz, con enérgico semblante. No se debe hacer agravio á nadie, ni siquiera al diablo. ¿No ves que ofendes Al que rezas cuando le das por adversario á un sapo monstruoso? Spinello, eres demasiado ignorante para tus años. Tentaciones siento de darte

un buen tirón de orejas como á cualquier mal escolar.

Al oír esta amenaza, y viendo ya el brazo de Lucifer extendido hacia él, Spinello se llevó la mano á la cabeza y empezó á dar alaridos de espanto.

Su buena mujer despertó sobresaltada, y le preguntó qué le sucedía. Castañeteando los dientes, le respondió que acababa de ver á Lucifer y que había temblado por sus orejas.

—Ya te había dicho yo—le respondió la buena persona—que todas esas figuras que te obtenabas en pintar sobre los muros acabarían por volverte loco.

—No estoy loco—dijo el pintor—. Le he visto, y por cierto que es hermoso, aunque triste y hosco. Mañana borraré la figura horrible que he pintado, y pondré en su lugar la que he visto soñando. Pues conviene no hacer agravio ni siquiera al diablo.

—Procura dormir—replicó la mujer—. Hablas de un modo insensato y poco cristiano.

Spinello intentó levantarse; pero faltándole las fuerzas, recayó sobre la almohada sin conocimiento. Durante algunos días languideció, víctima de la fiebre, y luego murió.



*A Mademoiselle Maria Finaly.*

#### IV

### LOS PANES NEGROS

*Tu tibi divitias stolidissime congeris amplas.  
Negasque micam pauperi.  
Advenit ecce dies qua saevis ignibus ardens  
Rogabis aquae guttulam.*

*(Navis stultifere 1507, f° XIX.)*

En aquella época Nicolás Nerli era banquero en la noble ciudad de Florencia. Cuando sonaba la tercia estaba sentado ante su pupitre, y cuando sonaba la nona, aún seguía sentado, trazando durante todo el día cifras en sus tabletas. Prestaba dinero al Emperador y al Papa. Y si no prestaba al diablo, es porque temía hacer malos negocios con el llamado maligno, que abunda en picardías. Nicolás Nerli era audaz y desconfiado. Había adquirido grandes riquezas y despojado á mucha gente. Vivía en un palacio donde la luz que Dios creó sólo entraba por estrechas ventanas; y esto era prudencia, pues la morada del

rico debe de ser como una ciudadela, y los que poseen grandes bienes hacen bien en defender por la fuerza lo que ganaron por el engaño.

Pues bien; el palacio de Nicolás Nerli estaba provisto de cerrojos y cadenas. En el interior, los muros estaban pintados por hábiles obreros, que habían representado á las Virtudes bajo la apariencia de mujeres, á los patriarcas, á los profetas y á los reyes de Israel. Los tapices tendidos en las habitaciones ofrecían á los ojos las historias de Alejandro y de Tristán, tales como se cuentan en las novelas. Nicolás Nerli hacía resplandecer su riqueza en la ciudad por medio de fundaciones piadosas. Había erigido extramuros un hospital, cuyo friso, esculpido y pintado, representaba las acciones más honrosas de su vida. En reconocimiento de las cantidades que había ofrecido para terminar las obras de Santa María-Novella, su retrato destacaba en el coro de esta iglesia. En él se le veía arrodillado, cruzando las manos al pie de la Santísima Virgen. Y se le reconocía por su gorra de lana roja, por su rostro envuelto en grasa amarilla, por sus ojillos vivaces. Su buena esposa, Mona Bismantova, de aire honesto y triste, tal que nadie podría decir haber recibido de ella alguna merced, estaba al otro lado de la Virgen, en la humilde actitud de quien ora. Este hombre era uno de los primeros ciudadanos de la República: como nunca había hablado

mal de las leyes, y no se preocupaba absolutamente de los pobres ni de los que las autoridades del día condenaban á multa ó á destierro, nada había disminuído en la opinión de los magistrados la estima que ante sus ojos había adquirido por su gran riqueza.

Al volver á su palacio una noche de invierno, más tarde que de costumbre, fué rodeado en el dintel de la puerta por una turba de mendigos medio desnudos, que le tendían la mano.

Los rechazó con duras frases. Pero el hambre los hacía huraños y atrevidos como lobos. Formando círculo á su alrededor, pedíanle pan con voz ronca y plañidera. Ya se inclinaba para coger piedras y arrojarlas á la turba, cuando vió á un criado que traía en la cabeza un cesto de panes negros, destinados á los mozos de la cuadra, de la cocina y de los jardines.

Haciendo un signo para que se le acercase el criado, metió las manos en el cesto y arrojó puñados de panes á los miserables. Luego entró en su casa, se acostó y durmió. Durante el sueño fué atacado de apoplejía, y murió tan súbitamente, que aún se creía en su lecho, cuando vió en un lugar «mudo de luz» á San Miguel, iluminado con un resplandor que brotaba de su cuerpo.

El Arcángel, con las balanzas en la mano, cargaba los platillos. Reconociendo en el lado más pesado las joyas de las viudas que conservaba en

calidad de préstamo, la muchedumbre de escudos que indebidamente había retenido, y ciertas monedas de oro muy hermosas que él solo poseía, logradas por usura ó por fraude, Nicolás Nerli advirtió que era su propia vida lo que San Miguel pesaba en este momento ante sus ojos. Inmediatamente se volvió atento y meticoloso:

—Messer San Miguel—dijo—, si en un lado ponéis todas las ganancias de mi vida, hacedme el favor (si os parece bien) de colocar en el otro las hermosas fundaciones con que he traducido magníficamente mi piedad. No olvidéis ni la cúpula de Santa María Novella, para la que he contribuído con más de un tercio, ni mi hospital extramuros que he construído sólo con mis dineros.

—No tengáis cuidado, Nicolás Nerli—respondió el Arcángel—. No olvidaré nada.

Y con sus manos gloriosas puso en el platillo más ligero la cúpula de Santa María y el hospital con su friso esculpido y pintado. Pero el platillo no descendía.

El banquero concibió viva inquietud.

—Messer San Miguel—replicó—, buscad bien todavía. Aún no habéis puesto en este lado de la balanza ni la pila del agua bendita de San Juan, ni el púlpito de San Andrés, donde está representado al natural el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo. Es una obra que me ha costado muy cara.

El Arcángel puso la pila y el púlpito encima del hospital y la cúpula, pero el platillo no descendió. Nicolás Nerli comenzó á sentir su frente inundada de frío sudor.

—Messer Arcángel—preguntó—, ¿estáis seguro de que vuestras balanzas están justas?

San Miguel respondió sonriendo que, para no parecerse en nada al modelo de balanzas usado por los lombardos de París y los cambistas de Venecia, ni siquiera carecían de fiel.

—¡Pues cómo—suspiró Nicolás Nerli, sin color—cómo esa cúpula, ese púlpito, ese cubo, ese hospital con todos sus lechos no pesan más que una arista de paja ó una pluma de pájaro!

—Ya lo estáis viendo, Nicolás—dijo el Arcángel—; hasta aquí el peso de vuestras iniquidades supera en mucho á la carga ligera de vuestras buenas obras.

—Entonces voy á ir al infierno—dijo el florentino.

Y sus dientes entrechocaron de espanto.

—¡Paciencia, Nicolás Nerli!—replicó el pesador celeste—. ¡Paciencia, que aún no hemos concluído! Queda esto.

Y el bienaventurado Miguel tomó los panes negros que el rico había arrojado durante la víspera á los pobres. Los colocó en el platillo de las buenas acciones, que descendió en seguida, mientras que el otro ascendía, y los dos platillos que-

daron al fiel. El balancín no se inclinaba á derecha ni á izquierda y la aguja marcaba el fiel perfecto entre ambos pesos.

El banquero no daba crédito á sus propios ojos.

El glorioso Arcángel le dijo:

—Ya lo ves, Nicolás Nerli; no vales para el cielo ni para el infierno. ¡Anda, vuelve á Florencia! Multiplica los panes que diste con tu propia mano, de noche, sin que nadie te viera, y serás salvo. Pues no basta con que el cielo se abra ante el ladrón que se arrepintió y la prostituta que lloró. La misericordia de Dios es infinita: salvará hasta un rico. Sé tú ese. Multiplica los panes, cuyo peso puedes apreciar en mis balanzas. Vete.

Nicolás Nerli despertó en su lecho, y resolvió seguir el consejo del Arcángel y multiplicar el pan de los pobres para entrar en el reino de los cielos.

Durante los tres años que pasó en la tierra después de su primera muerte, fué piadoso con los desgraciados y gran limosnero.



A Eugenio Muntz.

## V

### EL ALEGRE BUFFALMACCO

*Buonamico di Cristofano detto Buffalmacco pittore Fiorentino, il qual fu discepolo d' Andrea Tafi, e come uomo burlesco celebrato da Messer Giovanni Boccaccio nel suo Decamerone, fu come si sa carissimo compagno di Bruno e di Calendrino pittori ancor essi faceti e piacevoli, e come si può vedere nell'opere sue sparse per tutta Toscana, di assai buon giudizio nell'arte sua del dipingere.*

*(Vite de' più eccellenti pittori, da M. Giorgio Vasari.—Vita di Buonamico Buffalmacco.)*

## I

### LAS CUCARACHAS

Durante su primera juventud, Buonamico Cristofani, florentino, apodado Buffalmacco por su alegre humor, hizo su aprendizaje en el estudio de Andrea Tafi, pintor y mosaísta. Pues bien, el Tafi era un hábil maestro. Habiendo ido á Venecia cuando Apolonio revestía de mosaicos los muros de San Marcos, sorprendió con astucia al-